



## CINTIO VITIER Y "LA CIUDAD LETRADA"

Polémica con Arcadio Díaz Quiñones



Se publica por primera vez, íntegramente, la polémica que sostuvieron Cintio Vitier y Arcadio Díaz Quiñones, autor del libro *Cintio Vitier: la memoria integradora* (San Juan de Puerto Rico, Sin Nombre, 1987).

La polémica comenzó con los reparos que le hizo C.V. a A.D.Q. a las implicaciones de la utilización del concepto la ciudad letrada, del conocido texto homónimo de Angel Rama. Según consta en un "Memorandum" personal, C.V. leyó por primera vez una versión, aún inédita, del ensayo preliminar de A.D.Q., en abril de 1987, e inmediatamente envió al autor la primera carta abierta con el objetivo de que fuera añadida al libro, donde también se incluyen dos entrevistas hechas por A.D.Q. a C.V. en 1979 y 1980. Durante siete meses no recibió ninguna respuesta, hasta que Pablo Armando Fernández le trajo de Puerto Rico el *Suplemento en Rojo*, de los días 4-10 de diciembre de 1987, del periódico puertorriqueño *Claridad*, donde fue publicada su carta y la réplica de A.D.Q., aunque esta última no fue dirigida epistolarmente a C.V., como su propio título hace explícito. El propio C.V. expresa en su "Memorandum": "Según las líneas de presentación del periódico y el retrato de Angel Rama, la primera impresión (que suele ser la última) es que se trata de un ataque al difunto". Uno de los objetivos de su primera carta —que fuera in-

cluida en el libro— no se materializó, como comprobó al recibir, por cortesía de Paquita Pescador, cuatro ejemplares del libro, con unas líneas de Nilita Vientós Gastón, directora de la Editorial Sin Nombre, por lo que le envió una segunda carta abierta, a través de Jean Lamore, en enero de 1988, con copia para N.V.G. Con posterioridad, repitió el envío con Carmen Vázquez. Tanto en el envío hecho con Lamore como en el de Vázquez, la carta fue acompañada de otras personales para N.V.G. y A.D.Q. Por otra parte, en cartas fechadas el 24 y el 28 de junio de ese mismo año, Fina García Marruz le escribió a ambos en un último esfuerzo para reanudar el diálogo interrumpido.

Concluyendo: C.V. no recibió respuesta personal a su primera carta abierta, ni esta fue incluida en el libro de A.D.Q., sino publicada varios meses después junto a la réplica de A.D.Q., no dirigida epistolarmente a C.V. Tampoco recibió respuesta a su segunda carta abierta, la cual, como precisa C.V. en el referido "Memorandum": "había estricta obligación de publicar". Asimismo no recibió contestación alguna a sus cartas personales, como tampoco F.G.M., ni le fue enviada una reseña crítica de José Emilio González que se publicó también en el *Suplemento en Rojo* del periódico *Claridad*. Recientemente, en visita a Cuba, A.D.Q. le

manifestó a C.V. que él nunca recibió la segunda carta abierta, de la cual, inmediatamente, C.V. le entregó una copia, y le hizo saber que se publicaría en Cuba, con lo que A.D.Q. estuvo de acuerdo. (Jorge Luis Arcos. UNEAC)

### CARTA ABIERTA A ARCADIO DIAZ QUIÑONES

La Habana, 26 de abril de 1987

Querido Arcadio:

He leído con el mayor interés tu prólogo a nuestro libro de conversaciones, y antes que nada debo agradecerte profundamente la generosa atención, nada rara en ti, que has dedicado al conjunto de mis escritos en prosa y verso. De hecho esas páginas constituyen una de las poquísimas exégesis globales de lo que he podido hacer en lo que antes solía llamarse "el campo de las letras" y ahora, significativamente, siguiendo a Angel Rama, tú nombras "la ciudad letrada". No se trata, desde luego, de un simple cambio terminológico, o más bien habría que recordar que en toda cuestión terminológica está implicada una cuestión ideológica. A este propósito, debo también decirte que —aparte los muchos aciertos críticos que reconozco y agradezco en tu trabajo—, utilizas en él una terminología que no siempre comparto y en la que percibo una respetuosa y latente reticencia que no me preocupa en cuanto tal (estoy acostumbrado a vivir entre escritores que no piensan ni creen como yo), sino en cuanto de algún modo puede inclinarse hacia un sistema de pensamiento que, si bien es lógico lo hayan asumido —a partir de Octavio Paz y Rama— los ideólogos del exilio cubano—, no me parece que nos corresponda a ti ni a mí—todo lo cual me decido a decirte fraternalmente, seguro de que no vas a tomarlo como un cuestionamiento personal, y confiado en

la estimación y el cariño que nos une más allá de toda posible y honrada discrepancia.

Para ir enseguida al centro del asunto, me parece tan inaceptable como peligrosa la tesis de Rama según la cual los "letrados" construyen una "ciudad" —que en definitiva es la imagen de la nación—, articulando sus diversos componentes para que obedezcan a un plan previamente asignado" (por ellos mismos, se supone; subrayo y añado yo). No dudo que algunos "letrados" hayan alguna vez intentado semejante cosa (por ejemplo, los ideólogos del fascismo), pero aplicarle esa fórmula a todos los creadores literarios, especialmente en nuestra América, que han contribuido con su trabajo a la configuración y expresión de naciones de las que son hijos y no diseñadores como pudieran serlo de edificios prefabricados en sus mentes, lo considero una inversión monstruosa de la realidad histórica. Por supuesto, para el sistema ideológico aludido ya va resultando un ingenio anacrónico hablar de "la realidad histórica", pues ésta en resumidas cuentas (fraccionando sajamente "historia" como "tradición") sólo viene a ser, según tú pareces aceptarlo glosando a Michel de Certeau, una "trama" o "ficcionalización" de hechos en sí mismos caóticos, una "alegoría" o "utopía" mediante la cual se pretende "dar sentido" a lo que por sí no lo tiene, a no ser el sentido del famoso parlamento de Macbeth, el del idiota. Pero la otra historia, la que lejos de significar "nada" significa la lucha secular, y quizás inacabable, por la justicia, no es la "construcción" ni la "invención" de ningún letrado, aunque se llame José Martí, que si de algo fue apóstol fue de las innatas aspiraciones de su pueblo y de las justas reclamaciones de los pobres de la tierra, los que ya habían creado y siguen creando, con su trabajo, su sufrimiento y sus esperanzas luchadoras, la realidad y también la imagen a la que

él genialmente contribuyó con su expresión y su conducta.

Martí es el punto focal, la piedra de escándalo, frente a la cual se estrella ese escepticismo, por no decir nihilismo, que se esconde con ingeniosas máscaras detrás de toda la "teoría de la modernidad" elaborada principalmente por Paz y Rama. El primero, en "El caracol y la sirena", prefiere admirarlo por lo que no es: uno más entre los próceres del modernismo rubendariano concebido como estética de la ambigüedad, el nihilismo y el eterno retorno. El segundo intentó incluso, en su brillante estudio sobre los "dípticos seriados de Versos sencillos, convertirlo en un reformista en el fondo al servicio de los mismos intereses que parecía o pretendía combatir: los de la sociedad burguesa industrial norteamericana. Por ese camino de inevitable enfrentamiento, tácito o explícito, Enrico Mario Santí (a quien hay que agradecerle haber llevado el asunto hasta sus últimas consecuencias), preguntándose por "el sentido de la figura de José Martí dentro de la historia cubana moderna" y "la distorsionante lectura teleológica de la historia cubana", se ha atrevido a escribir: "Que el propio Martí haya contribuido a hacer prevalecer la lectura que distorsiona su complejidad histórica es una ironía cuya culpa es menos suya que del pueblo cubano, en su desesperada lucha por hallarle sentido al problema de su historia". (Cf. E. M. S.: "José Martí y la revolución cubana", en *Vuelta*, desde luego, dic. 1986 p. 23—27). Es decir que "los culpables" de la distorsión de nuestra historia son nada menos que José Martí, los mártires de la patria (a los que más adelante Santí se refiere irónicamente) y el mismo pueblo cubano — ¡todo un pueblo culpable! —, sin duda "representado" por los "letrados" que de un modo u otro han querido ser fieles a ellos.

Entre estos "letrados" seguidores del pensamiento martiano, padre de la "lectu-

ra teleológica" de nuestra historia, me haces el honor de situarme, junto a los "constructores" de esa "ciudad letrada", desde el padre Félix Varela hasta nuestros días, inventores de la "unidad", la "continuidad", la "alegoría" y la "utopía" de la patria, que tuvo en Orígenes y en José Lezama Lima uno de los centros de nuestra "historia imaginaria" (lo que nada tiene que ver con la encarnación de la imagen en la historia, que es el verdadero asunto de Lezama) y en *Lo cubano en la poesía* un ejemplo de cómo "los materiales son elegidos y ordenados para 'darles un sentido' nacional" y de cómo se convierte "la historia en un instrumento de exaltación nacionalista y en esperanza de un nuevo orden utópico 'salvador'". Salvo las comillas (como en otras palabras: "verdades", "esencias", "destino"), que en tu ensayo juegan un papel distanciador, no tendría mucho que objetar a estas y otras afirmaciones tuyas, tomándolas como hipérbolas, si no percibiera en su conjunto una posible articulación con el escepticismo histórico (en el caso de que la historia misma exista) dominante en la mencionada ideología y que en los últimos párrafos de tu prólogo asoma lo suficiente como para ponernos, tú y yo, en guardia. Allí, en efecto, después de reconocer, de un lado, el "ímpetu de innegables aperturas sociales", y de otro las "disidencias ideológicas, nuevas frustraciones y desengaños, la magnitud de los sucesivos exilios, enconadas disputas y desafíos en el seno mismo de la ciudad letrada", única de la que hasta ahora has hablado, de golpe aparece "la ciudad real"—¿construida por quién?— para cuestionar a aquella. ¿Quiere decir que siempre hubo, y hay, una ciudad ilusoria, irreal, la de los letrados, y otra ciudad concreta, real, la del pueblo —o, para ser lo menos abstractos posible, la de "la gente"? Que exista siempre una distancia entre los proyectos nacionales y la vida diaria, nadie puede ne-

garlo; pero que los primeros sólo son válidos y eficaces si se basan en las realidades cotidianas, tampoco. Si tú hubieras vivido como nosotros la experiencia diaria de la Revolución no necesitarías más argumento para comprender la fuerza movilizadora y ennoblecedora de esa secular "utopía" nacional en que se funda lo mejor, lo más ideal y lo más real de la Revolución.

Seguramente has oído versiones negativas y sombrías. No creo que nadie en Cuba haya sido más sincero al expresar contradicciones y críticas que yo: tú lo reconoces y no hago de ello alarde, porque ser honrado es un deber elemental. Ahora bien, repasando la lista de calamidades que enumeras, nunca he hablado de "frustraciones" y "desengaños", sino, en el plano personal, de encrucijadas y desgarramientos (lo que no es lo mismo) en el proceso hacia la integración, y, por otra parte, con independencia de la inolvidable iluminación del 1ro. de enero del 59, nunca he dicho, según me lo atribuyes, que la Revolución cubana sea "un ámbito en que el 'destino' se ha cumplido". Imagínate: para mí el destino (sin comillas) del hombre no es el "ineluctable" fatum de la Antigüedad sino el advenimiento del reino de justicia y amor anunciado por Cristo, y veinte siglos de "cristianismo" (aquí no vienen mal las comillas) no han logrado ni remotamente cumplir ese anuncio. La política, por lo demás, no es el reino de los valores absolutos, pero la política sin fe histórica y sin perspectivas de redención popular, se torna mero abuso del (o lucha por el) poder. Es claro que "en las revoluciones se traman nuevas formas de fuerza y de poder, que terminan por convertirse en el orden", pero ni todas las revoluciones ni todos los órdenes son iguales, y como de lo que se trata, en política, es de escoger, no entre un bien y un mal absolutos, sino el camino más propicio y abierto hacia lo que Martí llamara "el mejoramiento hu-

mano" (lo que tiene que incluir, en primer término, el mejoramiento de las condiciones materiales de la vida), la indiscutible mayoría del pueblo cubano — creador de sus propios valores y esperanzas— ha escogido el difícil camino de su revolución socialista frente al enemigo histórico — ciertamente no inventado por los "letrados"— que siempre quiso destruir a Cuba como sigue queriendo destruir a Puerto Rico y, desde luego, a la revolución nicaragüense, tan hermana como diferente de la nuestra.

Sostener, a estas alturas, que la "identidad nacional" y el "sentido de la historia" de Cuba, Nicaragua, El Salvador o Puerto Rico se reduce a una "invención" de sus respectivos "letrados", es en verdad, aunque tal no sea siempre la intención, hacerle un gran servicio al imperialismo en la lucha ideológica entablada por la insostenible injusticia que quisiera imponernos. En este sentido me hubiera gustado que al citar un pasaje de mis palabras sobre *Diez poetas cubanos* en el Pen Club de La Habana, en 1948, en que yo hablaba del "papel todavía rector de la cuenca del Mediterráneo en los rumbos del espíritu", hubieses añadido lo que sigue: "Y decimos 'todavía', porque un nuevo espíritu, si así puede llamarse, amenaza con helar nuestras mejores esencias (aquellas que por el contrario Europa nos ayuda a partear y definir), desde la nación más poderosa de este mismo hemisferio".<sup>4</sup> Los casi cuarenta años transcurridos desde aquellas palabras, escritas cuando todavía estaba viva la influencia de los últimos grandes maestros universales de la cultura europea (Proust, Joyce, Mann, Valéry, Claudel, Juan Ramón, Unamuno, Machado, Picasso, etc.), me han hecho variar de actitud frente a la Europa que pudiéramos llamar post-sartreana, no así frente a los Estados Unidos, de cuyo "american way of life" (en cuanto "modelo" y fórmula política propuesta por el imperialismo y

no por el pueblo norteamericano) escribí en la última lección de *Lo cubano en la poesía* (1958)<sup>5</sup> que se caracterizaba por "desustanciar desde la raíz los valores y esencias de todo lo que toca". Y esto precisamente es lo que me parece que está sucediendo con los actuales ideólogos latinoamericanos de "la modernidad" y del exilio contrarrevolucionario.

Otros aspectos de tu trabajo pudiera puntualizar, como, por ejemplo, mi radical desinterés por "las conceptualizaciones de Spengler"; o mi sorpresa al verme calificado como un nacionalista "jacobino"; o mi rechazo a aceptar que la capacidad integradora de los más disímiles alimentos dependa de una "convicción" mía (o de Fernando Ortiz) sino de una constante factual y comprobable en la cultura cubana y en toda la cultura hispanoamericana. Lo más grave, sin embargo, no es lo que pueda atañerme personalmente, sino esa tesis, que sólo puede ser útil a las eternas metrópolis, según la cual "la afirmación de la identidad nacional" es un empeño de los (o de ciertos) intelectuales "constructores" de un espacio "imaginario histórico"; que "la definición de la 'nación' está ligada al poder de la escritura y a los paradigmas que manejan los letrados, y por consiguiente, no puede verse como 'expresión' de una realidad previamente constituida al margen de los discursos que la articulan"; y que, en suma: "La escritura ha sido el espacio en el que se ha ido articulando ideológicamente —a lo largo de los siglos 19 y 20— la nación". Parodiando el "Arte poética" de Verlaine, sería como decir: "Lo único que cuenta, o lo que cuenta más, es la literatura, y todo el resto es...el pueblo". Pero después resulta que la literatura (incluyendo la poesía y la religión) es un artilugio que "se arma", bien diferente de la ciudad real, que nadie sabe en qué valores se sustenta; o, lo que es peor, el pueblo de la ciudad real, envenenado por las utopías de los letrados, de los hé-

ros y los mártires, acaba por ser, según E. M. Santí, tan culpable o más que ellos, por empeñarse en buscar el sentido de su historia.<sup>6</sup>

Ya sé que no asumes, ni asumirás, estos últimos dislates, pero todos, en todas partes, debemos estar alertas ante las trampas ocultas en los falsos razonamientos y sus planos inclinados, sin perder nunca de vista lo que está o puede estar, incluso involuntariamente, detrás de ellos. En cuanto a mí, querido Arcadio, la palabra misma "letrado" me resulta ajena.<sup>7</sup> Prefiero ser simplemente un poeta, y más aún me hubiera gustado ser, como son mis hijos, un músico de mi pueblo... y del tuyo: el de Betances, el de Hostos, el de Albizu Campos. El de aquella noche de Loíza Aldea, ¿recuerdas?, cuando nos llevaste a participar en la fiesta de los pobres y a conocer el invulnerable desamparo de lo puertorriqueño, inventado por tu pueblo.<sup>8</sup>

Recibe esta carta —que te ruego incluyas en nuestro libro y, si ya no hay tiempo, des a conocer públicamente, con la respuesta que consideres necesaria—, no como un mero cuestionamiento polémico sino como una invitación a buscar juntos la verdad de la justicia, y como un homenaje a esa lucidez intelectual y a ese fervor patrio que te singularizan y que hacen de ti una de las personas más estimables que he conocido.

Te abraza fraternalmente,

Cintio Vitier

#### COMENTARIOS A UNA CARTA DE CINTIO VITIER Arcadio Díaz Quiñones

Cuando ya estaba en prensa el librito que acaba de publicar la Editorial Sin Nombre, Cintio Vitier: la memoria integradora, recibí desde La Habana, la carta abierta que el poeta y crítico cuba-

no Vitier me ha pedido que dé a conocer. Cumpló ahora con lo pedido por el escritor y amigo, cuya obra crítica y poética, tan poco estudiada aún, he admirado y respetado.

Me permito añadir unas breves observaciones. Digo breves, porque no creo que se pueda ofrecer aquí una lectura de la carta que tomara en cuenta las convenciones del viejo género "carta abierta": los distintos niveles que se yuxtaponen y se cruzan en ese tenso y laborioso texto; sus metáforas militares; sus fórmulas descalificatorias, y la compleja trama cultural y política que lo constituye. Otro lugar sería más apropiado para comentarios más extensos sobre lo que la carta revela de las relaciones entre el letrado y la política, entre el poeta y el Estado. Ante la imposibilidad de una "réplica" extensa, remito a los lectores al ensayo —y a las conversaciones— que figuran en Cintio Vitier: la memoria integradora. Me limito ahora a algunos comentarios que juzgo indispensables sobre una carta que mezcla el cariño, el recelo y la condescendencia, y que lanza una serie de acusaciones sobre Angel Rama que no puedo pasar por alto.

Debo explicar, en primer lugar, que en marzo de este año pude hacerle llegar a Vitier el borrador final del ensayo que le da título al volumen publicado por Sin Nombre. La lectura de ese trabajo mío, que no difiere, en lo fundamental, del incluido en el librito, generó el cuestionamiento y las imputaciones que el lector verá en su antagónica y paternal carta. En ella Vitier pone en tela de juicio las hipótesis de trabajo que manjeo, y rechaza la legitimidad crítica de algunos de los autores que cito (y de alguno que ni siquiera menciono). Ese cuestionamiento no tendría nada de extraño en el contexto de un debate intelectual. La discusión constituye, idealmente, un proceso abierto inacabado, que se nutre precisamente del enfrentamiento y la discrepancia, sin referen-

tes teóricos "sagrados", un diálogo fructífero que podría llevar a la revisión de posiciones, o matizaciones y aclaraciones importantes.

En mi trabajo planteo la "ficcionalización" del discurso nacional, pero también hablo de las "verdades" que operan en el campo intelectual y político. Es decir, hablo de la **verdad de la ficción** en el discurso nacional, si se me permite la paradoja, para expresar el complejo proceso mediante el cual las tramas simbólicas van configurando las relaciones reales de poder, de clase, nación, raza o sexo. Para Vitier, en cambio, el discurso de la nacionalidad parece ser el reflejo mismo de la verdad histórica. Desde ese punto de vista su carta prolonga las premisas de muchos de los textos de un letrado aferrado consecuentemente a sus concepciones, y reitera los paradigmas dominantes en las propias conversaciones incluidas en el volumen publicado. Hasta ahí se trataría, creo yo, de discrepancias de interpretación y de premisas. Vitier pierde de vista, en mi opinión, la dimensión histórica —y extremadamente conflictiva— de diversas y contradictorias definiciones de la nacionalidad ofrecidas por los letrados cubanos a lo largo de los siglos 19 y 20.

Sin embargo, en la carta Vitier va más lejos, politizando absolutamente la discusión. Lo que me pareció, y me sigue pareciendo, sorprendente y lamentable es que Vitier dedique buena parte de su carta a construir —y a reducir— a Angel Rama y a otros críticos como adversarios e "ideólogos del exilio cubano", y, de paso, a advertirme de los peligros que corro al asociarme con ideas "peligrosas". Todo distanciamiento crítico que pretenda analizar el imaginario nacional es visto, con suspicacia vigilante, como prueba de una conspiración de los "enemigos" que están "al servicio del imperialismo". Vitier habla aquí desde otro lugar, muy distinto del poeta que elaboró discursos sobre la fun-

ción secreta y marginal de los letrados. De ahí que en algunos pasajes delirantes acuse a Angel Rama, cuyos escritos, sobre todo el ensayo titulado *La ciudad letrada*, me sirvió de punto de partida, de ser uno de los "ideólogos del exilio cubano".

Insisto en el caso de Rama porque Vitier dedica una parte considerable de la carta a manifestar su disgusto ante ese gran crítico, que no puede replicar, como podrán hacerlo otros mencionados, y que, recordémoslo, fue víctima del persistente macartismo norteamericano poco antes de su trágica muerte. Vitier llega a escribir que en su ensayo sobre los *Versos Sencillos* Rama convierte a Martí en un reformista "al servicio de los intereses... de la sociedad burguesa industrial norteamericana". Independientemente de las discrepancias que se puedan tener con ese estudio de Rama, la caracterización de Vitier, es, a mi juicio, una distorsión intelectualmente escandalosa. ¿Cómo se puede entender, después de leer ese pasaje, la exhortación final de la carta a "buscar juntos la verdad de la justicia?"

En mi ensayo me propuse estudiar el discurso de la nacionalidad en algunos textos centrales de Vitier, y, sobre todo, cómo, en su caso, la nacionalidad es al mismo tiempo una reflexión sobre la poesía, en su lugar y su función. Para Vitier no hay diferencia entre lo poético y la nueva fundación de la historia cubana y su "ser nacional". En su caso, además, el componente religioso es central en su concepción de su historia de lo cubano. Es un modo de mirar la realidad: la poesía como mística política, antes y después del proceso revolucionario. También intenté situar, esquemáticamente, su nacionalismo en el interior del debate de los letrados cubanos del siglo 20. Es bien sabido que el debate sobre la nación acompaña la historia cubana de los dos últimos siglos, y, particularmente, los fundamentos discursivos de muchos de los letrados que elabo-

ran discursos de resistencia y unidad. Precisamente me interesaba ver sus textos en el marco de una tradición nacional, que a su vez él mismo ayudaba a refundar, mucho antes de los actuales —y necesarios— debates sobre la Revolución cubana.

Todo esto es, en efecto, discutible. Mi lectura es un ensayo introductorio que no agota, ni mucho menos, el marco de preguntas. Es parte de un amplio debate en el pensamiento literario y social contemporáneo que cuenta ya con una abundante literatura interpretativa. Y, hay que recordarlo, en el estudio de los fundamentos discursivos de los nacionalismos caribios y latinoamericanos y de las ideologías literarias que sustentan las prácticas de los letrados, el caso cubano es sólo un capítulo —importantísimo— de una historia mucho más larga. En un estudio más ambicioso y matizado podría compararse, por ejemplo, con el caso argentino o mexicano.

Pero es difícil, si no imposible, entablar un diálogo abierto sobre estos problemas, si se enmarcan, como lo hace Vitier, en la crispada polarización de "amigos" y "enemigos", "patriotas" y "traidores", y si se acepta la premisa inquisitorial de que hay tesis "tan inaceptables como peligrosas". ¿Cómo leer y debatir si incluso algunas citas pueden delatar imaginarias "traiciones" de un enemigo permanentemente agazapado que se infiltra hasta en los textos de un intelectual tan admirable, y tan respetuoso de la independencia crítica, como Angel Rama? ¿Podré citar alguna vez a Octavio Paz, algunas de cuyas descripciones políticas en ocasiones me parecen tan maniqueas y previsibles, pero cuya obra crítica es tan central y estimulante? ¿Será posible citar a un crítico cubano tan competente como Enrico Mario Santí, o a un estudioso tan riguroso y lúcido como Roberto González-Echevarría, ambos destacados intelectuales cubanos en el exilio, sin que se me acu-

se de estar al servicio del Sr. Reagan y su política bélica? ¿A quién se puede citar sin ser "sospechoso"? No hay utopía nacionalista ni marxista, ni exilio militante, que justifique tal ejercicio autoritario.

Para concluir, quisiera decir que, personalmente, esta carta pública, con todas sus implicaciones, ha sido una experiencia penosa. Sin embargo, no disminuirá ni el afecto que siento por Vitier, ni mi interés en seguir estudiando su obra, ni el respeto que siento por un letrado que durante años, y frente al marxismo dogmático de algunos comisarios cubanos, supo preservar su marginalidad religiosa y crítica y su obstinada tarea conservadora: el Vitier de un texto como *No me pidas falsos compromisos*. Pero esta carta tampoco podrá opacar la de otros escritores y críticos cubanos, tanto la de escritores como Vitier que han defendido apasionadamente la Revolución y su concepción de la nacionalidad, como la de muchos que se encuentran en el exilio, quienes a veces comparan, irónicamente, las mismas versiones de lo nacional, y desde ellas se oponen a la Revolución. Los "enemigos históricos", para usar la frase de Vitier, en Cuba o en Puerto Rico, no son sólo "externos". Hay también una larga tradición de dominación y autoritarismo internos que ha sabido renovarse de muchas maneras, y que invoca a menudo la "unidad nacional". La intolerancia de algunos —dentro o fuera del país— no debe llevarnos a rendir nuestro derecho a pensar, sino precisamente a afirmarlo, para no empobrecer más la tan precaria autonomía del espacio crítico.

3 de noviembre de 1987

SEGUNDA CARTA "ABIERTA" A  
ARCADIO DIAZ QUIÑONES

La Habana, 1ro. de enero de 1988

Querido Arcadio:

Ganar un verdadero amigo, como lo has sido tú desde nuestro primer viaje a Puerto Rico en 1979, resulta tan difícil —o milagroso— que no es posible resignarse a perderlo sin agotar los recursos de la inteligencia y del corazón. Nunca pensé al escribirte mi primera carta sobre el generoso ensayo que dedicaste a mi obra en *Cintio Vitier: la memoria integradora*, que la tomaras, según allí digo, "como un cuestionamiento personal" sino como una exhortación, que también me hacía a mí mismo, para "estar alertas ante las trampas ocultas en los falsos razonamientos". El tono de tu respuesta en "Comentarios a una carta de Cintio Vitier" (*Claridad*, 10 de diciembre de 1987), renunciando de entrada a la posibilidad del diálogo epistolar, pone de manifiesto que te has sentido profundamente agraviado por mis observaciones, lo que explica que hayas visto en ellas, además de cariño, "recelo", "condescendencia" o paternalismo, "pasajes delirantes", una "premisa inquisitorial" y cierto "ejercicio autoritario", sin contar la no aclarada revelación de "las relaciones entre el letrado y la política, entre el poeta y el Estado". En suma, según tú mismo dices, mi carta —no obstante concluir "como un homenaje a esa lucidez intelectual y a ese fervor patrio que te singularizan y que hacen de ti una de las personas más estimables que he conocido" —te resultó "una experiencia penosa" que en cierta medida ha puesto en crisis nuestra amistad. Para contribuir a que esa crisis no llegue a ser definitiva, y en un nuevo tributo al inmenso aprecio que tengo por tu persona, te hago estas líneas.

Antes que nada quiero aclarar (a ti y a los lectores de *Claridad* cuya hospitalidad agradezco) lo siguiente: yo no digo en mi carta anterior que Angel Rama fuese un "adversario" de la Revolución ni un "ideólogo del exilio cubano". Lo que digo es

que algunas de sus ideas han sido utilizadas para configurar el sistema de dichos ideólogos; literalmente: "un sistema de pensamiento que, si es lógico lo hayan asumido —a partir de Octavio Paz y Rama— los ideólogos del exilio cubano, no me parece que nos corresponda a ti ni a mí". La prisa con que escribí, para que pudiera llevártela nuestra común amiga Rebecca Scott, una carta que es todo lo contrario de "un laborioso texto", me impidió señalar las diferencias de actitud y posición política entre Paz y Rama, las cuales por lo demás son evidentes y sobradamente conocidas. Por mi parte conozco bien la limpia trayectoria intelectual de Rama y el atropello de que fue objeto, como recuerdas con justicia, por parte del "persistente macartismo norteamericano". Con Rama mantuve óptimas relaciones desde que lo conocí en 1964 (viajando juntos al Congreso Columbianum de Génova) hasta su trágica muerte, poco antes de la cual nos llegó su estudio sobre "Los dípticos seriados de Versos sencillos" con la siguiente dedicatoria: "Para Cintio y Fina, a cuyos bellos estudios martianos, éste rinde homenaje". A Rama debí el honor de presentar la Obra literaria de Martí en la Biblioteca Ayacucho y de él recuerdo con especial gratitud intelectual y personal su ensayo "La dialéctica de la modernidad en José Martí", comunicado al Seminario que se celebró en la Universidad de Puerto Rico en 1971. Sin embargo, lamentablemente, tanto a Fina como a mí la tesis mantenida en su brillante análisis de la ideología martiana en los Versos sencillos, nos produjo verdadera alarma, pues allí nuestro admirado amigo llega a las siguientes conclusiones:

[Martí] fue plenamente un miembro de la "sociedad civil" instaurada por la burguesía, la cual había alcanzado tan alto grado de desarrollo en los Estados Unidos de su tiempo como

para regir el pensamiento de sus principales teorizadores. La cosmovisión martiana maneja una concepción económica del funcionamiento de la Naturaleza que obviamente procedía de la sociedad civil que la había adoptado como su "segunda naturaleza". Como los trascendentalistas, él la remite a la Naturaleza, pero en vez de diseñarla exclusivamente con mercaderías dentro del círculo de producción y consumo mediante los valores de uso y de cambio, la amplía con un número de contribuciones psicológicas y con elementos espirituales, inclusiones que no afectan el funcionamiento estructural del sistema, sino que, al contrario, se pliegan a las leyes de producción, de rendimiento, de intercambio, de uso, de valor. (...) La transposición estructural facilita correcciones y enmiendas dentro del modelo social, las cuales responden a la perspectiva de clase baja que vive dentro de él y lo padece y que procura introducirle los valores que le son propios (dolor, feísmo), aunque sin alcanzar con eso a modificar su global funcionamiento, que en definitiva acepta o al cual se rinde por la dificultad martiana para aceptar un tercer valor propio de la clase (violencia).

Basado en estas y otras formulaciones, que ni en mi carta anterior ni en esta me es posible discutir ampliamente, te escribí que en dicho estudio Rama intentó convertir a Martí en "un reformista en el fondo al servicio de los mismos intereses que parecía o pretendía combatir: los de la sociedad burguesa industrial norteamericana". ¿Dónde, en efecto, dentro de las mallas de la citada caracterización, aparece el revolucionario antimperialista? ¿O será que el antimperialismo martiano es también un elemento estructural del capitalismo norteamericano, al cual incluso como

poeta contribuía enriqueciéndolo con sus canjes dialécticos de belleza por dolor, etc.? Sin duda lo que escribí en mi carta es un resumen en el que inevitablemente se sacrifican matices, pero no creo —bien releídas las líneas citadas— que sea "una distorsión intelectual escandalosa", y en todo caso nunca tan escandalosa, al menos para nosotros, como la tesis inesperadamente sostenida por Rama en esas páginas. Y por cierto, querido Arcadio, si una caracterización intelectual se considera "escandalosa" debe ser porque se la considera también "tan inaceptable como peligrosa", lo cual no te hace sospechar en ti mismo esa actitud "inquisitorial" que me atribuyes y de la que ambos, estoy seguro, somos inocentes. Por otra parte, nada me hubiera gustado más que discutir estas cuestiones y otras con Rama, pero el hecho de que, según apuntas, ya él "no puede replicar", no creo que exija ni justifique dejar sin comentario unas tesis que, precisamente por el prestigio de su autor, siguen influyendo y pueden servir de base teórica, aunque tal no fuera su intención, para interpretaciones francamente contrarrevolucionarias.

Este último es el caso del malhadado artículo de Enrico Mario Santí, aludido por ello en mi carta anterior, acerca de "la distorsionante lectura teleológica de la historia cubana" que a su juicio inició Martí, artículo cuya premisa teórica está sin duda en la concepción de Rama (y otros) de la "ciudad letrada", según la cual, como tú mismo la resumes, los letrados construyen el discurso de la historia "articulando sus diversos componentes para que obedezcan a un plan previamente asignado". A la vista del fruto inmediato que esta idea, aplicada a nuestro máximo "letrado", ha tenido en la tesis de Santí, no pude menos que considerarla "tan inaceptable como peligrosa", aparte de que, como tú bien dices, mi concepción o más bien sentimiento de la historia va por otros caminos.

A fuer de cristiano, en efecto, condición que no está de moda en los medios intelectuales de Cuba ni del exilio, mis caminos suelen ser "otros", que para colmo tampoco coinciden con los oficiales de la Iglesia. Esos caminos, a los que tú has prestado tan minuciosa atención, me han llevado naturalmente a posiciones distantes de las que tuve hace cuarenta o más años. Creo sin embargo que en el fondo mis posiciones —y sobre todo cuando elaboré, según escribes, "discursos sobre la función secreta y marginal de los letrados"— fueron siempre políticas: de ello fui cobrando conciencia lentamente, y, de modo definitivo, con la Revolución. Todo eso está en nuestras conversaciones y no veo por qué te extrañas de que, como dices con evidente disgusto, yo haya "politizado absolutamente la discusión". En realidad, según mi parecer, todo el asunto es, desde la raíz, político. No soy yo quien lo politiza, sino quien reconoce y acepta con todas sus consecuencias que es político; como no soy yo el que ha inventado "la crispada polarización de 'amigos' y 'enemigos', 'patriotas' y 'traidores'", si bien nunca he usado este último calificativo en el campo intelectual.

En cuanto a tus lecturas y citas de Paz, Santí, González—Echevarría y otros, puedes estar seguro de que, ni por ellas ni por nada de este mundo voy a acusarte de "estar al servicio del Sr. Reagan y su política bélica". Nunca te he considerado ni te consideraré "sospechoso" de nada. Ya que me guardas afecto y respeto, por favor déjame al margen de toda actividad de vigilancia policial y fiscalización inquisitorial. Soy y seré siempre el mismo de "No me pidas falsas colaboraciones..."<sup>10</sup>, lo cual implica la asunción de verídicos y honrados compromisos. Partiendo de ellos, con el apasionado y quizás excesivo deseo de que los compartas críticamente conmigo —más allá de la idolización de la crítica circular y cerrada que se alimenta y se autodevora

sin fin—, te escribí mis observaciones anteriores, de las cuales retiro todo lo que haya podido involuntariamente lastimarte, así como te escribo estas palabras que también quiero “abiertas”, como están para ti los brazos de tu amigo de siempre,

Cintio Vitier

### Notas (Por Jorge Luis Arcos)

1. C.V. hace referencia polémica a O.P., en “Martí y el desafío de los 90”, en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, septiembre—octubre, 1992, p.20.
2. C.V. hace referencias importantes a “Los ideólogos del exilio cubano”, en “Algunas reflexiones en torno a José Martí”, en *Granma*. Suplemento especial. Conferencia magistral de C.V., dictada en el evento “José Martí, hombre universal”, en el Palacio de las Convenciones de Cuba, el 8 de abril de 1992.
3. O.P. “El caracol y la sirena”, en *Cuadrivio*, México, Joaquín Montes, 1965.
4. C.V. “El Pen Club y los Diez Poetas Cubanos”, en *Orígenes*, La Habana, No. IV (19):49—51, otoño de 1949.
5. C.V. *Lo cubano en la poesía*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1970. Véase especialmente nota a la primera edición de 1958, el

prólogo a la segunda y la decimoséptima y la última lección.

6. Pueden consultarse, además de los textos ya citados de C.V.: “Cuba: su identidad latinoamericana y caribeña”; en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, julio—agosto 1989, p.2—7, “Ante el V Centenario: algunas reflexiones”, en *Revolución y Cultura*, La Habana, Epoca IV, a.31 (5):52—54, septiembre—octubre, 1992; y de Jesús J. Barquet: *Consagración de La Habana*. “Las peculiaridades del Grupo Orígenes en el proceso cultural cubano”. University of Miami, Letras de Oro, 1992; véase especialmente el capítulo “Del proyecto del Grupo Orígenes”, p.59 y 60, y nota 6, p.92.
7. Como antecedentes de esta actitud, véase: “Raíz diaria”, en C.V.: *La luz del imposible*, La Habana, 1957, o en C.V.: *Palabras a la aridez*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1989.
8. Véase: C.V.: “Una niña” (poema), en *Hojas perdidizas*, México, Ediciones del Equilibrista, 1988 y F.G.M.: “En Loíza Aldea”, en *Sin Nombre*. San Juan de Puerto Rico, vol. XI, (1), abril—junio de 1980.
9. C.V.: “Observaciones a una ponencia”, en *Anuario del CEM*, La Habana, (11):221—236, 1988 y “Algunas reflexiones en torno a José Martí”, en *Ob. cit.*
10. C.V.: “No me pidas” (poema), en su *Testimonios 1953—1968*. La Habana, UNEAC, Col. Contemporáneos, 1968.

